

HOMENAJE A ENRIQUE E. MARI

Roberto Bergalli*

Solicito a Claudio Martyniuk, como organizador del homenaje que se rinde a Enrique E. Mari, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, que tenga la gentileza de leer en mi nombre las líneas siguientes.

Conocí a Enrique E. Mari cuando él ya era un filósofo y yo un joven egresado de Derecho y Ciencias Sociales que procuraba encontrar explicaciones a muchos interrogantes, no sólo vinculados al saber jurídico, sino a muchos otros. No fuimos entonces amigos muy cercanos, pero seguí mucho sus reflexiones; era la década de 1960, aquella en la que se iba a decretar la defunción de la última época de lujo para la Universidad de Buenos Aires. La universidad que había rectorado Risieri Frondizi e Hilario Fernández Long y en la cual yo milité como estudiante y me formé con maestros de la talla de Luis Jiménez de Asúa quien, como todos saben, pese a su brillo académico e intelectual, costó mucho imponerlo como profesor..

Algo semejante pasó luego con Enrique, cuando él manifestó su deseo de profesar en esta Facultad de Derecho, proviniendo de Filosofía; otra clase de intolerancia a la que después volveré. Mientras, yo marché hacia Europa, cuando no fue posible continuar en la Universidad, después de la “noche de los bastones largos”. Desde lejos seguí bastante de cerca las reflexiones de Enrique. En un regreso que se hizo breve a comienzos de 1970, retomé el contacto personal con él que ya mantuvimos ininterrumpidamente, pese a mi regreso a Europa. En sus viajes y estancias cortas, en Francia o Alemania, me llegaban más frecuentes sus noticias. Naturalmente no le ví en el tiempo que pasé secuestrado y detenido, cuando hice un regreso a Buenos Aires en 1976. Pero, supe de su preocupación y me llegaban sus manifestaciones de solidaridad. Desde entonces, nuestra amistad fue sólida y atravesada de afecto, no sólo entre los dos; también con Cuca y luego con sus hijos. Cuando creímos que Argentina renacería a la paz y la democracia, intensificamos nuestros intercambios; nos escribíamos y hablábamos mucho en los encuentros. Hicimos tareas comunes; publicamos un libro y artículos juntos. Participamos en congresos, encuentros, seminarios en Europa y en América. Juntos también padecimos la frustración cuando esperando que por fin triunfara la verdad y la justicia sobre tanta ignominia, tanto atropello, tanta inmoralidad. Pero, en las visitas a Buenos Aires era imposible que no nos alojáramos en su casa. Allí hemos gozado todos juntos y no sólo hablando de muchas cosas propias a nuestros comunes intereses intelectuales. Su (nuestra) afición al tango, el recuerdo de un Buenos Aires desaparecido,

* Facultad de Derecho-Universidad Nacional de Buenos Aires. Texto escrito em Barcelona, 11.octubre de 2001.

como su adhesión a Villa Crespo y Atlanta eran temas muy discutidos, pero muy discutidos (¡¡!!) entre nosotros.

Dentro de ese marco de ternura conocí mucho a Enrique Marí y así deseo recordarlo. Pero, en una ocasión como la presente no quiero dejar de mencionar, junto a los enormes atributos de una personalidad tan rica, las vicisitudes de una vida académica en la cual él también conoció la intolerancia. Cuando con toda justicia él insistió en obtener la plaza de profesor titular de Filosofía del Derecho, quienes investían la capacidad para imponer a candidatos que respondían a enfoques divergentes de los sostenidos por Enrique, recurrieron a argucias y artimañas a fin de cuestionar los antecedentes que como filósofo le daban una enorme consistencia a su pretensión. Mas, la verdad llegó, aunque demorada y Enrique obtuvo la titularidad.

Mientras tanto, había cosechado un reconocimiento inmenso en los ámbitos en que se leían sus obras y conocían sus análisis. Su labor como epistemólogo fue de magnitud y de gran valor. Cuando en Argentina se navegaba por la filosofía de las ciencias todavía con las velas del idealismo, él introdujo el debate epistemológico, junto a algunos pocos, pero desde un punto de vista único. Su intento de comparar las dos grandes tradiciones, la anglosajona del positivismo lógico y la estructural marxista, no sólo fue un éxito desde el punto de vista cultural, sino que sirvió para abrir los ojos de las jóvenes generaciones de universitarios que estudiaban sus disciplinas de manera endógena o interior a las mismas. Trajo a Jeremy Bentham de la mano con Michel Foucault, con lo que quienes peroraban sobre la cuestión criminal, desde un punto de vista unidisciplinario, quedaron desubicados y creo que, desde entonces, sin discípulos. Enrique se ganó el reconocimiento y la admiración de todos esos jóvenes que le escucharon, le leyeron o dialogaron con él como sólo él sabía hacerlo, juvenil y didáctico. Sus enseñanzas en estos campos del control y la disciplina ya no permiten vuelta atrás; ya no hay jóvenes argentinos que transitan esos ámbitos disciplinarios -juristas, antropólogos, sociólogos, psicólogos- que se crean la esencialidad del delito o la naturaleza criminal de sus autores. Podemos decir que, a pesar que él no cultivó la relación con estudiantes y colegas como la propia a un maestro que fue, sin embargo ha dejado muchos seguidores. Nunca designó discípulos; quienes se ganaron ese título, quizá muy pocos, serán como él de honestos y humildes. Jamás se vanagloriarán por serlo; los que así lo hayan hecho, no pudieron ser nunca auténticos discípulos de Marí, pese a que con ese título puedan haber obtenido reconocimientos.

Pero quiero decir que Marí no únicamente ganó adeptos en el Plata. Las muchas oportunidades que visitó España recogió la admiración de los filósofos del derecho, en particular de aquellos que alistados en posiciones analíticas supieron reconocerle su capacidad dialéctica para polemizar en cuestiones relativas a la teoría jurídica. Fueron muy comprendidas sus opiniones en torno a las ficciones del derecho. En sus repetidas conferencias y seminarios que nos impartió en Barcelona generaba, como no podía ser distinto, una corriente de simpatía, pero sobre todo daba enorme fuerza a los modestos discursos críticos que han ido ganando terreno en el ámbito de las disciplinas humanas. Fue invitado numerosas veces a la Facultad de Derecho y a la de Filosofía; en esta última, por académicos de posiciones muy diferenciadas entre sí, como las que por caso pueden representar Miguel Morey y Manuel Cruz, dos brillantes filósofos jóvenes.

Yo hubiera querido pronunciar estas palabras en el acto en que se le rinde homenaje en nuestra Facultad de Derecho. Sin embargo, una vez más mi presencia en esta Facultad - a la que siempre consideraré mía, pues allí me formé -, como en ocasiones

anteriores, no ha sido aceptada. La intolerancia que sufrió Marí, se manifiesta de otro modo, burdamente en mi situación. Lamento que deba empañar el acto con la manifestación de mi desasosiego por no estar físicamente junto a quienes rinden homenaje a Enrique. Mas, si bien él se indignaría por el veto, estoy seguro que me disculparía al tiempo que agradecería que yo haga público el motivo de mi inasistencia; en efecto, Enrique Marí era, ante todo, un demócrata.

Enrique Marí se ha marchado. Yo no le tendré más en persona como amigo y como el más válido interlocutor. Me queda, nos queda, su enorme carga intelectual, pero asimismo su presencia imborrable de verdadero *gentleman* que siempre se enalteció con sus modestos orígenes y sus finas maneras. Su legado intelectual debería ser de orgullo para los universitarios de Buenos Aires, mientras su honestidad y calidad humana quedan para su familia y quienes fuimos sus amigos.